

la fisonomía del México de antaño

En el mundo entero se viene en aumento el estudio de la fisonomía del hombre, que se ha convertido en una ciencia que trata de descubrir los caracteres físicos y morales de las personas por medio de sus rasgos faciales y corporales. Este estudio se ha convertido en una ciencia que trata de descubrir los caracteres físicos y morales de las personas por medio de sus rasgos faciales y corporales.



Un campesino de México.

El estudio de la fisonomía del hombre es una ciencia que trata de descubrir los caracteres físicos y morales de las personas por medio de sus rasgos faciales y corporales. Este estudio se ha convertido en una ciencia que trata de descubrir los caracteres físicos y morales de las personas por medio de sus rasgos faciales y corporales.

Según sus tipos populares



Un campesino de México.

El estudio de la fisonomía del hombre es una ciencia que trata de descubrir los caracteres físicos y morales de las personas por medio de sus rasgos faciales y corporales. Este estudio se ha convertido en una ciencia que trata de descubrir los caracteres físicos y morales de las personas por medio de sus rasgos faciales y corporales.

Una de las mujeres de México.



Una de las mujeres de México.

La fisonomía del México de antaño

En el curioso *Manual del Viajero en México*, que publicara el historiador orizabeño don Marcos Arróniz, en 1857, se consigna esta reflexión, que nos parece oportuno reproducir: "Si cada siglo no hubiera transmitido sus crónicas de usos familiares y domésticos, se comprenderían hoy sin mucha dificultad las alusiones que a las costumbres e idiomas locales hallamos en las antiguas relaciones, y que hoy son oscuras para nosotros; por sus trajes vendríamos a conocer perfectamente el estado de sus manufacturas y sus adelantos sociales; pero los escritores de todos tiempos miran comúnmente esas bagatelas, así las llaman, como indignas de su consideración, sin atender a que algún día la popularidad más extendida de esos usos peculiares de cada pueblo puede llegar a verse sepultada en el más profundo olvido. Entretanto ¿no es cierto que siempre nos sentimos movidos de una viva curiosidad por conocer el modo de existir de nuestros ascendientes, y que las particularidades más mínimas de sus costum-

bres domésticas nos parecen llenas de interés, aunque sea sólo por complacernos en nuestra superioridad relativa?”

Por fortuna, para el artículo que vamos a desarrollar hoy, sí contamos con referencias escritas, ya que nada menos el propio Arróniz nos dejó detalladas descripciones de las costumbres y trajes de la época en que vivió, así como otros hombres de pluma, tanto mexicanos como extranjeros, que se ocuparon de perfilar el alma de México en sus narraciones de viaje y que, por ende, trataron por modo especial de la indumentaria típica de nuestro país.

El novelista Florencio M. Del Castillo, tan famoso en su época, decía en 1856: “El traje del pueblo mexicano es pintoresco y hermoso. Mirad al ranchero montado en su hermoso corcel, con sus calzonera de cuero de venado y su bota de campana; su cotona chapeteada de plata y su ancho sombrero con toquilla de chaquira.”

“Vedle en los días de gala, sustituyendo la calzonera de cuero con una de pana, con anchos botones; la cotona tornada en chaqueta de finísima gamuza, con más adornos de plata que un altar, y por complemento, el pañuelo encarnado al cuello.”

“A su lado va la muchacha, porque el mexicano es como los caballeros andantes, que tienen su dios y su dama, con la enagua de seda bordada, luciendo el piecicito calzado de raso, y cubierta la cabeza con el rebozo de bolita; y juntos, antes dejarán de persignarse que salir el domingo a comprar la fruta a la plaza, en compañía del retoño, tipo copiado del padre.”

“El zarape es, en la mayoría, parte indispensable del vestido, y aun cuando haga un calor abrasador, el leperillo se pasea envuelto en su jorongo, pintado de mil colores.”

En cuanto al atavío de los indígenas, en el tiempo en que fueron tomadas las fotografías que ilustran estas líneas, el mismo novelista Del Castillo lo traza en esta forma: “Su traje es pintoresco, pero miserable: el defecto de que el indio jamás se cura, es la avaricia... Las mujeres, que trabajan más que los hombres y que recorren distancias muy grandes para venir a vender a México alguna miserable mercancía, que cargan a cuestras en compañía de sus hijos pequeños, visten generalmente una tela de lana azul, enredada en la cintura, que cae hasta la garganta del pie.

El complemento de este vestido es una manta de otro color, cuadrada, con una abertura en el centro, por la cual pasan la cabeza y que cae adelante y atrás, dejando expedito el movimiento de los brazos.”

“El traje del hombre varía, desde el simple calzón blanco, como lo lleva el indígena que carga cañas de maíz, hasta las calzoneras de cuero y de venado del anciano que, con un huacal en la espalda, viene a vender gallinas. Los indígenas más miserables visten solamente la calzonera de cuero. Todos usan el sombrero tendido de palma tejida.”

“La piel de los indígenas es cobriza, su cabello negro, reluciente y lacio; los ojos son negros; los dientes muy blancos; tienen la ceja tupida y carecen de barba.”

Por el tenor de las anteriores descripciones, son otras múltiples de que está sembrada nuestra literatura costumbrista. En “Los Mexicanos Pintados por sí Mismos” en las novelas de don Niceto Zamacois, en las de “Facundo”, y en el imprescindible “Libro de los Recuerdos”, del ingeniero García Cubas, puede encontrar cualquiera que se interese por estos asuntos, vívidos relatos en los que nuestras figuras populares pasan con todos sus pintorescos lineamientos.

La colección de fotografías en las que ahora algunas se publican, fue tomada en el último tercio del siglo pasado. El fotógrafo que las hizo, don Julio Michaud, residió largas temporadas en México y fue uno de los fundadores de la después famosa casa Pellandini cuando ostentaba el nombre de “El Antiguo Correo”. El señor Michaud, de nacionalidad francesa, supo aprovechar con fines artísticos —sin descuidar lo comercial— el invento de Daguerre, y no sólo tomó visitas de los principales edificios de la capital de la República y sus alrededores, sino también de los tipos populares más característicos. Con esto prestó el señor Michaud un gran servicio a la historia de nuestro país, pues de esa manera el historiador, o el simple aficionado, cuentan con documentos gráficos importantísimos desde el punto de vista etnográfico, folklórico y costumbrista en general.

A los ojos de los extraños, nuestros tipos populares adquieren aspectos que se escapan a nuestras miradas. Precisamente otro francés, M. Émile Chabrand, comerciante barceloneta que desde joven se radicó en Cuernavaca, que realizó aquí una bien sanada fortuna y que conservó

por México un indestructible cariño, publicó en 1892 un ameno libro intitulado “De Barcelonnette au Mexique”, en el que consignó sus impresiones de un viaje que llevó a cabo alrededor del mundo por aquellos años.

En su retiro de Francia reunió sus recuerdos y consagró a México buena parte de su obra. Por ser poco conocida, por más que en Barcelonnette se difundió ampliamente, vamos a traducir algunas de sus parrafadas en que describe los tipos populares de la Ciudad de México. Del “aguador”, que ya ha desaparecido, traza esta silueta: “Se puede decir que el “aguador” es uno de los monumentos más curiosos de México, monumento ambulante, especie de máquina de guerra, ser con carapacho que se imagina uno que marcha cubierto al asalto de ciudades: Es sencillamente el que lleva y trae el agua. ¿Cómo no sucumbe bajo el peso de su enjaezamiento? Tiene el pecho aprisionado por una coraza de burdo cuero; un delantal poco más o menos igual delante de las piernas y otro por detrás; los pies calzados con huaraches; la cabeza cubierta por una especie de casquete redondo, siempre de cuero, sólido como un casco de caballero. Pasan dos correas sobre este casco, una que se apoya en la frente y otra en la base del cráneo; de la primera está suspendida la gran ánfora cuyo fondo descansa sobre un rodete de su vestido, debajo de los riñones; de la segunda, el amplio cántaro, que le cuelga sobre el vientre. Cargado de esta manera, llevando con la cabeza su doble fardo, como un buey que tira del yugo, el aguador trota todo el día, encorvado bajo el peso agobiador de las dos enormes vasijas llenas de agua.”

“La reunión de los “aguadores” en las fuentes públicas con sus ánforas de barro barnizadas y lucientes, su armadura de cuero, su tipo acentuado, sus actitudes llenas de carácter; el vaivén en medio de ellos, de las jóvenes y bonitas muchachas del pueblo, alegres y risueñas, que llegan a hacer su provisión de agua en las linfas corrientes, convierte cada rincón de calle, del más humilde barrio, en un cuadro divertido y pintoresco.”

Los “serenos” tienen también, en el libro de M. Chabrand, una exacta alusión. El autor, al describir un crepúsculo citadino, manifiesta que en la noche todo se calla, “la calle se vuelve desierta, muy insegura en los barrios alejados del centro, menos segura todavía en los arrabales, que apenas están alumbrados y en donde no se encuentran ya sino

a los agentes de policía, veladores nocturnos y a los “serenos”, provistos de una gran linterna, que a menudo depositan en el suelo, a unos cuantos pasos de ellos y cuya principal utilidad debe ser, a mi parecer, la de advertir a los ladrones y vagabundos que pueden operar pacíficamente un poco más lejos de allí.”

Los mercaderes indígenas ambulantes están descritos con unos rápidos rasgos definitivos: “Mercaderes de servilletas, de sillas de montar y arneses, de chiles, de frutos confitados, de vestidos viejos, de pescados, de plumeros, de pañuelos, de rebozos, de escobas, de naranjas, de frituras, de sorbetes, de colibríes vivos, de pericos, de “chichicuilotes” con las alas cortadas, de velas, de jabón, de pan, de mantequilla, de billetes de lotería... Todos estos mercaderes, según se supondrá, animan extrañamente el cuadro. Es necesario oír sus gritos: “Blanquilloos...”, clama a voz en cuello el mercader de huevo; el indio jardinero lanza con toda la fuerza de sus pulmones su “Tierra para las macetaaas”; el indio carbonero, su colega, grita con un tono de melopea el melancólico y lento: “Carbó, carbó, sió-óú”, y el vendedor de patos silvestres los vende crudos a “cuartilla”, y asados a “medio y quartilla”.

“El indio se viste con una larga camisa, amplios calzones, se toca con un sombrero de hojas de palma y camina con los pies desnudos o calzado con los huaraches, que son sandalias de cuero burdo amarradas a los pies por medio de correas. Cuando hace frío, se cubre los hombros y el pecho con el huipille, pedazo de tela de algodón indígena con un agujero en medio para pasar la cabeza, o bien se abriga con una manta de color gris que se llama frazada. La india tiene por todo vestido una tela de algodón rayada con la que se envuelve de la cintura a las rodillas, y el huipille, que le cubre los hombros y el pecho.”

Por las descripciones precedentes, el lector actual se podrá dar cuenta de los progresos manifiestos de nuestras clases populares. Su indumentaria se ha transformado en forma asombrosa, aunque, por desgracia, la evolución intelectual no ha corrido parejas con la del vestido. Si bien el pueblo (principalmente las mujeres, que se visten como las más encumbradas damas) usa trajes tan ricos como los de los ricos, en cambio sigue sumido en tanta ignorancia como hace un cuarto de siglo.

José de J. Núñez y Domínguez.